

ECO DE ORIENTE

Trisemanario - Sale los martes, jueves y domingos

Número suelto \$ 0,02
Atrasado 0,03
Serie de 10 Nros. . . . 0,20
Suscripción anual . . . 1,50
id por trimestre . . . 0,50

Director, Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador, Raúl Velásquez R.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

ECORIENTE

AÑO IV

Villavicencio, Septiembre 21 de 1919—Número 354

SERIAL 9

Pastoral colectiva

El Primado, los Arzobispos, Obispos, Vicarios y Prefectos Apostólicos de Colombia, al clero y a los fieles.

Hallándonos reunidos en conferencia por voluntad de Nuestro Santísimo Padre el Supremo Pastor del rebaño de Cristo para deliberar sobre los más serios intereses de las almas confiadas a nuestro gobierno por el Espíritu Santo, nada más natural, nada más puesto en razón que, antes de separarnos, os dirijamos de común acuerdo nuestra palabra, palabra de verdad e instrucción, palabra que sea a la vez el vínculo de unión entre Pastores y ovejas y el testimonio del amor paternal que os profesamos en el Señor. Ahora bien, debiéndose dejar oír nuestra voz a raíz de ese acontecimiento grandioso que agitó la República entera y conmovió los corazones de todos nuestros hijos, el Congreso Mariano Nacional, hemos juzgado lo más conveniente el que nuestra instrucción verse sobre el amor y devoción a la que poco há aclamó nuestra Nación como su Reina y a la que todos invocamos como nuestra dulce y celestial Madre.

El amor a nuestras madres es el primero que nace en el corazón humano, y aunque aparezcan otros durante la vida, aquél se diferencia de todos y los vence en intensidad y duración.

La misma naturaleza lo graba en el alma. Quitad un niño, dice San Juan Crisóstomo, de los brazos de su propia madre, enflaquecida por el hambre y cubierta de harapos, y ponedlo, en los

de una hermosísima reina lujosamente vestida que lo colme de caricias, y veréis que sorprendido el niño llora amargamente y grita y lucha por desprenderse de la que no es la suya, y una vez que logra volver al regazo de su pobre madre, se abraza a ella sonriendo con el rostro aún bañado por el llanto.

Dios ha puesto este vínculo dulcísimo como base y fundamento de la familia. En ella el padre es el jefe encargado de la suprema autoridad y de los asuntos graves; pero lo demás es de cargo de la madre, la cual, por estar en continuo contacto con sus hijos, que la rodean día y noche, conoce mejor sus necesidades porque se las revelan con mayor confianza.

Lo que acontece en el orden natural, sucede en algún modo también en lo que se refiere a lo espiritual. Tenemos en Dios un padre; El mismo nos ordena invocarlo con tan dulce nombre: «Padre, nuestro que estás en los cielos»; y tenemos por hermanos a los hombres todos, de los cuales Jesucristo es el primogénito: el Apóstol lo llama *primogenitus in multis fratribus*.

Ahora bien, haciendo Dios todas las cosas perfectas habrá dejado su familia espiritual sin madre? ¿Nos habrá dejado huérfanos? A esta pregunta nos responde la fe enseñándonos, pendiente de la cruz, al Divino Redentor, quien, después de despojarse de todo para nuestro bien, nos entrega a su misma madre con las dulcísimas palabras que dirigió al discípulo amado: *Hé ahí a tu Madre*.

La misma voz imponente que al principio de los tiempos hizo brotar la luz con una sola palabra, la misma que cambia el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo, nos hace hijos de María.

En la solemne ocasión en que el Verbo las pronunció, sus palabras no tenían tan sólo por objeto a las personas que lo rodeaban, sino a los hombres todos; así también cuando pidió perdón al Padre por los que lo crucificaron, lo pedía por todos los que le ofenderían en el curso de los siglos; y cuando ofreció el Paraíso al ladrón contrito, tuvo en cuenta a todos los que volverían arrepentidos a sus brazos. Juan no necesitaba madre, pues aún vivía la suya, ni al Señor faltaban medios para proveer a las futuras necesidades de la Virgen Santísima.

El amor que en el orden natural tiene el hijo a su madre, en el orden espiritual lo infunde hacia María el Espíritu Santo en el corazón de los cristianos, en el acto del bautismo.

Este amor crece y va aumentando en las almas que procuran cultivarlo; y aun respecto de aquellos cristianos descarriados que conservan una chispa de amor y devoción a la Madre bendita, no hay que perder la esperanza de que, nuevos prodigios, volverán arrepentidos a la casa paterna. ¡Cuántos deben su salvación al escapulario del Carmen que no han abandonado, o a la costumbre, conservada al través de las borrascas de una vida licenciosa, de rezar diariamente una avemaría aprendida en el regazo materno!

El amor de los cristianos a la Madre de Dios no hay tiempo que lo calle ni nación que lo ignore: lo pregonan incontables monumentos erigidos en su honor en todo el mundo. Las cúpulas majestuosas que se elevan al cielo, las torres cuyas flechas razgan las nubes, las humildes ermitas que se ocultan en las fragosidades de las montañas, proclaman el amor que a María